

EL COMERCIO

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Van Dyck, (conclusion) por X.—El credo de un casado, por D. P. M. Barrera.—El juramento del Bajá, (continuacion) por X.—A....., por D. M. de Cabanyes.—Arqueología. Las ciudades arruinadas de la América Central. I, por X.—Cap al cel, por don G. R.—Á un ambicios, por D. M. O. B.—Pensamientos, por Hércules.

GRABADO.—Alto en la posada.

VAN DYCK.

(CONCLUSION.)

V.

Se comprenderá fácilmente que no tendría nuestro artista muchos ratos de ocio. Un dia, sin embargo, puso en ejecucion el deseo que por largo tiempo habia tenido de trabar conocimiento con el célebre retratista Francisco Hals.

Francisco Hals pasaba por uno de los hombres de mas relevante mérito: estraño á la política y á la sociedad, hallaba su mas grande alegría en el aislamiento de su casa. Entre los artistas que entónces florecian en el Haya, él solo habia rehusado el trato de Van Dyck, que era de todos solicitado por su carácter amable y sus maneras seductoras.

Van Dyck se presentó en casa de Francisco Hals.

—Señor, le dijo: yo soy un extranjero. Vuestra reputacion ha llegado á mi noticia...

—Eso me agrada, contestó bruscamente el holandés. Es un honor que no merezco. ¿Puedo servirlos en algo?

—Debeis adivinarlo; cuando se visita á un retratista es para recurrir á su pincel.

—Entiendo. ¿Será buena la paga?

—A medida de vuestros deseos.

—No hay mas que decir. Sentaos en ese sillón.

Van Dyck se sentó: Hals empezó el retrato: era un hombre que todo se lo hallaba hecho. Tanto por desembarazarse de aquel elegante, como para ganar pronto su dinero, pintó á grandes pinceladas: la sesion fué tan bien aprovechada, que con ella se terminó el retrato.

—Perfectamente, dijo Van Dyck, he aquí un corte que me parece un poco forzado. Estas sombras lo están tambien.

—¡Diantre! Caballero, hablais como un artista. ¿Sabriais por ventura manejar los pinceles?

—Algo: y con gusto os mostraria lo que sé hacer.

—¡Vos! ¡Un simple aficionado!...

—¿Quién sabe? Acaso no tendreis por qué arrepentiros de aceptar mi proposicion. Sentaos ahora en el sillón en que me habíais colocado: dadme vuestra paleta y estad tranquilo.

—¿Cómo? ¿Quereis retratarme? ¿A mí? ¿A Francisco Hals?

—Justamente.

—¡Ja! ¡ja! ¡Vaya una escena cómica! Retratadme si quereis; pero os advierto que no por eso me pagareis menos.

—El trato es trato.

Van Dyck empezó y terminó el retrato de Hals con una rapidez y una maestría de que este estaba maravillado.

—Esperad, le dijo el grande artista; es preciso que ahora firme.

Tomó bermellón y escribió su nombre.

—¡Dios mio! exclamó Francisco Hals contemplando con avidez la obra y la firma. Vos podeis ser mi maestro; aunque aquí no hubieseis escrito *Antonio Van Dyck*, yo hubiera reconocido la mano de un hombre superior. Disimulad mi grosería...

—¿Consentís en el cambio?

—¡Que si consiento!

—Por mi parte, Hals, llevo mi retrato. Llamado á Inglaterra, á la córte del rey Carlos I, enseñaré este cuadro á los inteligentes. Este será un medio para que á vuestro turno emprendais el mismo viage.

—Muchas gracias, replicó el holandés; yo no tengo ambicion. Qué necesito para ser feliz? Mi tabaco, mis pinceles y mi humilde taller. Vos, mi noble Van Dyck, corred tras la fortuna y procurad guardarla bien.

VI.

En el palacio de White-Hall, que debia ser mas tarde el teatro de la muerte de un rey, una córte elegante se agrupaba en torno de su soberano.

Van Dyck, á quien beneficios sin número, prodigalidades y encargos multiplicados y pagas magnificas, habian atraído al servicio de Carlos I, retrataba á este monarca con tanta satisfaccion, con tan particular cuidado, que produjo ese hermoso retrato que llegó á ser célebre y hoy adorna el Louvre.

La reina María Enriqueta, acompañada de sus hijos, habia querido honrar con su presencia el trabajo de Van Dyck.

Era aquel un momento de calma, de tregua en medio del sobresalto de un gobierno batido en brecha por la oposicion violenta del parlamento y el sombrío fanatismo de los presbiterianos escoceses.

Carlos sonreía con las agudezas de Van Dyck, y de este modo olvidaba sus penas, cuando aparecieron dos hombres graves é importantes por su carácter y su autoridad: eran lord Wentworth y Laud, arzobispo de Cantorbéry.

A su aspecto se estremeció la reina.

—¡Aun la política! exclamó. ¡Siempre esos cuidados!

—¡Señores! ¿Qué hay de nuevo? preguntó el rey; ¿qué os trae por aquí á estas horas?

—Señor, respondió lord Wentworth, mi gobierno de Irlanda se hace cada dia mas difícil. Estoy seguro de que se me ha calumniado, y vengo á justificarme.

—Es inútil, jamás habeis poseído mi confianza más ámpliamente; ¿y vos, mi querido Laud?

—Señor, respondió este último, necesitamos dinero.

—Haced lo que querais; vended mas caros los derechos de edificar, los de hacer productibles las tierras de labor... aumentad las contribuciones; pero dejadnos ahora.

—Señor, eso aumentaria los descontentos.

—Se les hará entrar en razon. A propósito ¿no ha habido un nuevo arresto?

—Sí, señor, miserables libelistas: Prynne, Burton y Bastwick. Acaban de ser condenados á cinco mil libras esterlinas de multa, y prision perpétua.

—Está bien, dijo tranquilamente Carlos: mi querido Van Dyck, volvamos á nuestro trabajo. A propósito, ¿en qué pasais vuestras horas perdidas?

Van Dyck saludó profundamente, y contestó haciendo maniobrar su hábil pincel.

—Pues V. M. se digna preguntarme, debo confesar que las paso muy divertidas.

—¡Bravo! ¡Hay en mi reino un hombre dichoso! ¿Trabajais mucho?

—Los mas grandes personajes de la córte, á ejemplo de su ilustre señor, me piden sus retratos.

—¿Y cómo podeis hacer frente á tanto trabajo?

—Valiéndome de una superchería. Hacen por mí lo que yo he hecho por Rubens: yo dibujo y bosquejo la figura, mis principales discípulos, Hanneman, Bertrand, Fouchier y Benedetto Castiglioli, la continúan y acaban, y luego yo doy los toques que establecen la armonía.

—He ahí una habilidad admirable; pero si ganais tanto dinero ¿por qué teneis siempre tan poco?

El artista sonrió, y contestó casi balbuceando.

—Es que yo tambien tengo mi córte.

—¿De veras? ¡Ah, Van Dyck! Vais por muy mal camino: yo sé que eso cuesta mucho.

—En mi casa está de continuo puesta la mesa...

—Entonces no os faltarán amigos.

—Y una orquesta que toca durante la comida. En fin, me he enlazado á la virtud, á la nobleza y á la pobreza, casándome con la hija de milord Ruthwyen, conde de Gorre...

—Es verdad, os habeis unido á la familia real de Escocia.... No son esos pocos honores, querido Van Dyck; pero, creedme, haced que el artista se olvide de tiempo en tiempo de su papel de rey.

—Señor, yo os agradezco consejo tan prudente, y haré todo lo posible por seguirlo.

VII.

Van Dyck olvidó el consejo, y continuó en su vida de prodigalidades. Algunos años despues, en 1641, jóven todavía, sucumbió á la tísis. Todos sus bienes se habian fundido en los crisoles de los alquimistas, como si el gran artista no tuviera en sus pinceles el secreto de hacer oro.

¡Triste leccion para aquellos que abusan de los dones que el cielo les ha prodigado!

X.

EL CREDO DE UN CASADO.

—Creo, mi querida esposa
Que gastas un lujo atroz.

—¿Y qué?

—Creo que, atendida
Nuestra humilde posicion,
Ese lujo que deploro
Nos perjudica á los dos.

—¿Y qué?

—Creo que no todas
Usan berlina y landó,
Ni palco en varios teatros,
Ni joyas de gran valor,
Ni vestidos á la moda
De terciopelo y de gró;
Y que tus humos son humos
Que tienen mas de un bemol.

—¿Y qué?

—Creo que debemos
En los meses de calor,
En vez de marchar á Francia
Ir á Getafe ó Chinchon.

—¿Y qué?

—Creo que se dice
Con una calma feroz
Que eres ó debes ser... ¡ah!
Que soy ó debo ser... ¡oh!
En fin, por Dios y los santos,
Por los santos y por Dios,
Repara, piensa y medita
En que la pública voz
Te señala como la...
Y me marca como lo...
Ya comprendes; no exasperes
Mi carácter bonachon.

—¿Y qué?

—¡Nada!... que del credo
Aun ignoras lo mejor.

Creo que aquí nadie manda
¿Oyes?... nadie mas que yo;
Creo que desde ahora mismo
Concluye la ostentacion;
Creo que estando á mi lado
Vas á andar como un reloj;
Creo que si esto te aburre
Puedes marcharte al Mogol;
Y creo que si me apuras
Te tiro por un balcon.

—¡A mí!...

—Ya sabes mi credo;

Apréndelo desde hoy
Y no olvides esta copla
Que del credo es conclusion.
La mujer que sale buena
Se ha de tratar con amor;
La mujer que sale mala,
Se estrangula y se acabó.

PEDRO MARÍA BARRERA.

EL JURAMENTO DEL BAJÁ.

(CONTINUACION.)

Mientras se estaban preparando los instrumentos de su venganza, Mustafá, incapaz de dedicarse á los negocios corrientes de su gobierno, se hundia en los almohadones de su divan contemplando la humareda de la pipa para enfrenar la impaciencia que le ahogaba. En medio de este sueño del leon herido, abrióse de repente la portezuela de su aposento, y entró sin ceremonias en la cueva del leon una hada tierna y primorosa, llevando con ambas manos un gran cesto de flores cubierto de un velo bordado. Era Irene, hija única de Sereski, niña embelesante, cuya gracia injenua ejercia cierto influjo en el ánimo terrible de Mustafá. Este estaba alojado en casa del Armenio, cuando la mujer del último, llamada Josuá, murió al dar á luz esta niña, seis años antes; y bastó esta circunstancia para que el supersticioso Musulman se encariñase con el padre y con la hija. Desde la muerte de Josuá, habia ido á mas el afecto de Mustafá para con Irene; y esta niña le hacia mas grato su gobierno de la provincia de Salónica, como que con harta frecuencia pasaba Mustafá espresamente á Mielnik para ver á Irene y á su padre. El bajá habia declarado repetidas veces á Sereski que si algun dia

que daba huérfana su hija, era su ánimo servirle de padre y prohijarla según todo el ceremonial de la ley turca.

La niña, que había entrado con harta precipitación, se mostró medrosa al ver el semblante adusto del bajá; no obstante se sentó á sus piés y empezó á jugar sosegadamente con las flores que traía. Pero al cabo de un rato, viendo á Mustafá inmóvil, cojió con sus manecitas los dedos nervudos y cuajados de pedrería del gobernador, y mirándole de hito en hito, con la sencillez natural á su edad, le dijo:

«Bajá, si quieres jugar conmigo como sueles, te daré las rosas más lindas que aquí traigo.»

—Niña, respondióle Mustafá con voz lastimera; no necesito rosas; mi corazón está lleno de espinas.»

Este retruécano, que fuera ridículo en una conversación de Europeos, pintaba con mucha verdad y en el estilo oriental las amargas angustias del gobernador de Salónica.

«Siendo así, dijo Irene, voy á darte un talisman que te cure la herida que las espinas están haciendo en tu corazón.»

—Llévate esas rosas y el talisman, dijo el bajá, y déjame en paz. Está muy triste mi alma para que pueda escucharte.»

Pero con todo esto insistía Irene con aire mohino á fuer de niña mimada.

«Aquí me ha enviado papá, y yo no quiero salir. Bajá, si quieres reír un poco por amor mio, te daré mi tesoro...»

Al decir estas palabras, había tomado la muchacha un aire ladino como suelen los niños cuando saben algo y lo ocultan. Entreabrió luego el chal que le servía de cintura, sacó de sus pliegues una sortija de oro que tenía incrustado un zafiro de sumo valor; y enseñándola á Mustafá, exclamó:

«¡Bajá, aquí está mi tesoro! ríe por amor mio, y te lo doy.»

Apenas hubo proferido la niña estas palabras, cuando ya Mustafá lo tenía en sus manos, desvaneciéndose una risa espantosa las lóbregas nubes de su frente; pero esta risa retumbaba como el trueno que acompaña el rayo. Saltaba y palmo-teaba la inocente Irene alborozada. Mustafá recobró su gravedad jenial, y todo trémulo preguntó á la niña:

«Irene, ¿quién te ha dado esta sortija?»

La niña enmudeció.

«Habla; ¡yo te lo mando!» voceó el gobernador revolcándose sobre el diván como un tigre.

La niña se asustó; juntó sus manecitas con ademán suplicante.

«He obrado mal, dijo llorando; padre me reñirá; pero tú me alcanzarás su perdón; ¿no es cierto?»

—¡Sí, sí, pero habla pronto!

—Hoy hace tres días, habiendo entrado una mañana en el gabinete donde padre encierra su dinero y pedrerías, halléle ocupado en llenar un cofre; acerqueme á mirar unos collares que había sobre las alfombras. Mientras yo me bajaba para ver mejor aquellas joyas, padre dejó caer esta sortija, la que fué rodando al otro lado del cuarto; yo la cojí, la oculté en mi pecho, y ahora no me atreveré á restituírsela á mi padre porque me castigaria por haberla tomado...

—No tengas miedo, Irene, dijo Mustafá; tu padre te perdonará; pero cuidado con decírselo, porque si no, ya fuera imposible... Déjame la sortija, niña; toma, ahí tienes una presilla...»

Para consolarla, dióle Mustafá una presilla de diamantes que llevaba en el pecho.

«Tú has hechizado mi dolor, añadió el bajá, tú has curado mi herida, Irene; ahora, déjame; ¡pues soy feliz!»

La niña aflijida obedeció el mandato y desapareció con más prontitud que había entrado.

Luego que hubo desaparecido, solo ya Mustafá, estrechándose el pecho con ambas manos en el paraje donde había ocultado la sortija, exclamó:

«¡Alá Kerim! ¡Dios es grande! ha elegido esta niña infiel como un instrumento para descubrirme la verdad y encaminar mi venganza... Sí, esta es la sortija que dí á Seid Mohamed después que me hubo salvado la vida en el Balkan, y desde aquel tiempo no la dejó. Harto conozco esta piedra única é inestimable... he aquí además las palabras que en ella se entallaron: *Gratitudo sempiterna, amistad inalterable basta la muerte*. No cabe equivocarse... esta es la sortija de mi querido Seid...; pero ¿cómo ha venido á parar en manos de Sereski?...»

Al punto dió el bajá tres palmadas; apareció un negro á la puerta, y el gobernador le mandó llamar al Armenio.

«Perro infiel, dijo Mustafá al verle; ¿de dónde sacaste esta sortija?»

A la vista del zafiro que brillaba en los dedos del bajá, quedó el Armenio como herido del rayo. Una mortal palidez se difundió por su rostro, y agitaron sus miembros movimientos convulsivos; recobró no obstante alguna serenidad,



ALTO EN LA POSADA.

y contestó que había comprado la sortija á un Albanés.

«¿Dónde está ese Albanés? repuso el bajá enfurecido; dame su nombre.

—No puedo, Mustafá, exclamó Sereski inclinando la cabeza; al comprar la sortija, juré no descubrir el nombre del vendedor.

—¡Mientes, perro!.. Los ojos del gobernador arrojaban centellas. Esta sortija es de Seid Mohamed, quien la perdió con la vida; tú la adquiriste con su sangre. Tú conoces á los matadores; entregámelos; solo á este precio te perdono...

—No los conozco..... dijo Sereski broncamente: he dicho la verdad, nada temo.»

Mustafá mandó conducir á Sereski y sus criados á la audiencia del cadí, á quien el gobernador esplicó por qué casualidad había la sortija caído en sus manos. Sereski persistía en negar el delito. Mandó el cadí que le diesen una tunda de palos en las plantas de los piés, sentencia que se ejecutó en presencia de Mustafá. Pero este suplicio atroz no sacó una palabra al Armenio, quien sostuvo con valor el tormento, hasta que perdiendo las fuerzas, cayó desvanecido. Suspendióse entónces el suplicio.

Todos los criados de Sereski pasaron uno tras otro por el mismo tormento, aguantándolo con el mismo valor y el propio silencio. Pero cuando llegó la vez á un judío anciano, que era el criado de confianza del Armenio, y de quien nada sospechaba el bajá, los primeros palos le asustaron en términos que huyó de los brazos de sus verdugos, y arrojándose á los piés del bajá, exclamó:

«¡Perdon, perdon, señor! ¡todo os lo diré!»

El gobernador mandó á los verdugos (*ghawases*) suspender el tormento, y el judío confesó que su amo era el asesino de Seid Mohamed, explicando en estos términos el lance horroroso:

Tenia Sereski un jardín con pabellon á corta distancia de Mielnik, hácia Constantinopla, á orillas del camino que seguian ordinariamente los viandantes. Enterado de que Mohaméd había de pasar por Mielnik con los fondos públicos, se arregló de modo que no provocase su ausencia la menor sospecha, y fué, como de costumbre, á pasar la noche en su pabellon. Al rayar el alba, despertó al judío, y habiéndose entrambos disfrazado en traje albanés, armados de pistolas y puñales, traspusieron disimuladamente el llano que se estiende desde Tesalónica hasta Mielnik y se guarecieron detrás de las ruinas de una antigua mezquita, cuya fuente, intacta todavía,

servia de abrevadero á los caballos de los viajeros que seguian aquel camino.

A poco de estar allí ocultos el Armenio y su criado, aparecieron por el camino Seid Mohamed y el Tártaro que le acompañaba, los cuales, al llegar junto á la fuente, se apearon. Seid Mohamed estendió una alfombra por el suelo, y arrojándose de cara á la Meca, empezó, á fuer de musulman castizo, sus devotas oraciones, en tanto que el Tártaro abrevaba los caballos. En este punto, dispara Sereski á boca de jarro un pistoletazo al pecho de Mohamed. El Tártaro, sobresaltado con la esplosion, va corriendo al viajero, y le halla espirando en la alfombra y en las convulsiones de la agonía. Sereski, aprovechándose entónces del pasmo y espanto del guía, sale de su escondrijo y lo mata á puñaladas junto á Seid. Durante este asesinato, que duró ménos tiempo del que hemos puesto en referirlo, habia el judío alijado los caballos de las maletas que contenian los fondos y el bagaje del viajero, despojando detenidamente los cadáveres de lo mas precioso que tenian encima. Consumado el saqueo, dejaron los caballos sueltos en el llano, y el Armenio, ayudado de su sirviente, trasportó la presa, campos al través, al sótano de su pabellon. Bien cerrado todo, Sereski y el judío entraron otra vez en Mielnik á la hora acostumbrada, y se hallaron en su casa mucho antes que los mercaderes hubiesen traído allá la noticia.

Confesó además el judío que no era este el primer delito de Sereski, que la austeridad de su carácter y la sencillez de sus costumbres habian desviado siempre toda sospecha en cuanto á él, y que por otra parte la santidad de su traje, que denotaba un patriarca, y sus muchas limosnas, le habian granjeado el afecto y veneracion de todos los vecinos de Mielnik.

Tan suma hipocresía asombró al bajá, pero para adquirir todas las pruebas que podian apetecerse, se hizo conducir por el judío á las ruinas de la antigua mezquita que habian servido de celada á los matadores, bajó al sótano del pabellon, donde halló el dinero así como las joyas de Seid Mohamed, y los vestidos albaneses con que se habian disfrazado el Armenio y su criado.

(Se concluirá.)

A.....

Perdon, celeste Virgen,
Si á tus honestos labios
Arrebaté de amor costoso un sí;
Si á tu inocente pecho,
Si á tus sueños tranquilos
Turbé la calma plácida, perdon.
Yo te adoré, y un ara
De purísimo culto
En el seno del alma te erigí:
Que ni mi ardiente boca,
Ni mis ojos de fuego,
Ni un pensamiento vago profanó.
¡Yo te adoré á tí sola!
Y ledo ya tejía
Nupcial corona para orlar tu sien;
Mas de repente en punzas,
En punzas venenosas
Ví tornarse en mis manos ruda flor.
¡Léjos, fatal guirnalda!
De la dicha renunció,
Si al bien que adoro llanto ha de costar:
De mi dolor el cáliz
Apuraré yo sólo:
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.
¡Sé tú feliz!... Del pecho
La infausta imágen borra
De quien más que amador tu amigo fué;
Y en urna funeraria
La triste llama ahoga,
Llama primera que en tu seno ardió.
Sin una pobre choza,
Sin un árbol antiguo
A cuya sombra el cuerpo adormecer,
Yo arrastraré mi vida,
Como torrente inútil
Entre jaras y breñas corre al mar.
Mas solitario, errante
Entre agitadas olas,
So el templo santo, en desesperada lid,
¡Oh Virgen! donde quiera
Al ánima afligida
Dulzura tus memorias llevarán.
Y cuando al fin mi espíritu
Las odiadas cadenas
Rompa que le atan al arcilla vil,
Y sus alas despliegue,
Y á volar se aperciba
A la eterna mansion del Sumo Bien:
¡Angel mio! en los coros
Yo esperaré encontrarte

• Que himnos santos entonan al Señor;

Y á tan plácida idea

Sobre el muriente labio

Sonrisa celestial florecerá.

MANUEL DE CABANYES.

ARQUEOLOGÍA.

Las ciudades arruinadas de la América Central.

I.

Nuestra época se puede considerar como la edad de oro de la crítica y de la historia. En muchos puntos carece completamente de originalidad; pero ninguna ha sido mas apasionada por el estudio del pasado de nuestra raza, ni mas deseosa de saber lo que han podido pensar los que nos han precedido.

Hasta ahora ha sido muy difícil visitar esos monumentos, porque los descendientes de los que, segun toda probabilidad, los han levantado, los Mayas, aunque separados de su antigua civilización, han conservado una brava independencia que les aisla del resto del mundo y hace sumamente peligrosa toda exploración científica. Desgraciadamente para ellos, se encuentra en el camino que debe abrir la perforación del istmo de Panamá, y no podrán por mucho tiempo ya impedir el paso al comercio europeo. Así, la ciencia debe apresurarse á estudiar á fondo la Lengua que hablan todavía y que, lo mismo que el *copto* debe proporcionar á un nuevo Champollion la llave de los geroglíficos de Mitla y de Palenqué.

La solución de este problema científico interesa tanto á la joven América, que comienza, á hacerse un centro científico muy activo, como á la vieja Francia, patria de los Champollion, de los Anquetil-Duperron y de los Lenormant, que han escudriñado y divulgado los misterios del sanscrito, del egipcio y del asirio. De esta comunidad de ideas ha nacido un proyecto de exploración internacional de la América Central, para el que se han asociado dos poderosos gobiernos y ricos propietarios de Nueva-York, lo que permite esperar que no faltará ningun recurso para alcanzar el objeto propuesto.

Este objeto es una investigación metódica de

lo que se llama las *ciudades arruinadas*, y de lo que pueda quedar de la antigua civilización de la América Central y de Méjico. La expedición está colocada bajo el doble patronato de Francia y los Estados Unidos, y los gastos serán sopor- tados por partes iguales entre M. Pierre Lorill- lar, de Nueva-York, promovedor de la empre- sa, y el gobierno francés. Tiene por jefe á M. Desiré Charnay. Está perfectamente equipada y su personal es de los mas completos. Se propo- ne, no solamente fotografiar las inscripciones ge- roglíficas y los bajo-relieves, sino sacar mode- los, segun el procedimiento de M. Lotin.

Se mandarán copias de todos estos trabajos á la *Smithsonian Institution* de Washington y al gobierno francés, para formar una colección per- manente en el Trocadero. La colección de estos objetos debe ser el mas precioso resultado de la empresa, porque será para los aficionados de to- dos los países un amplio campo de investigación en el que se podrán encontrar todos los materia- les necesarios para la solución del problema. Los exploradores deben visitar Mont-Alban, Mitla, Palenqué y otros grandes centros de la antigua civilización americana. Su itinerario pa- sa por Oajaca, Tehuantepec y Guatemala, y lle- ga á la casi isla del Yucatan, que se puede con- siderar como una tierra casi virgen á la explora- ción. Entre los indomables mayas y otras tribus guerreras, no se puede viajar mas que con las armas en la mano, y por lo tanto, la expedición llevará una escolta de cien hombres. Con explo- radores tan bien provistos, bien se puede espe- rar una abundante cosecha de datos, sobre las nu- merosas poblaciones de la América Central.

Aunque el proyecto de esta exploración haya sido concebido desde hace mucho tiempo por M. Lorillard, se estaban preparando dos expediciones distintas para ponerla en ejecución, una en Fran- cia y la otra en América; pero se ha tenido la feliz idea de amalgamarlas y de doblar así los medios de acción. La colección que debe formarse en París llevará, el nombre de M. Lorillard, como premio de su generosidad, y los america- nos tendrán el privilegio de recibir comunica- ción de los trabajos á medida que vayan lle- gando.

X.

CAP AL CEL.

En lo que s' en vá y poch durá
No hi posis la voluntat;
En les roses qu' obri l' auba
Y 'l vent mostía mes tart.

¿Per qué l' olvit de la patria,
Y tant d' amor á l' hostal?
¿En lo camí perdre l' eyma
Del bé que no acaba may?

No toquis les flors del marge
Qu' espines hi trobarás;
Posa 'ls ulls en les estrelles
Que son les flors del teu prat.

G. R.

1874.

Á UN AMBICIOS.

Amich, massa 't veig desviure
En el mon per estar bé,
Y no més parlas de rendes,
De negoci y de diners.

Tres cases dius qu' has comprades
Y encara no estás content,
Y cercas trasts, y t' afanyas
Per alsarne encara més.

Amich, massa 't veig desviure...
Homo, ¿vols un consell meu?
En el cel fésthi una casa,
Y en el mon... ¡vés á lloguer!

M. O. B.

PENSAMIENTOS.

En la farmacia del mundo las verdades son un veneno cuyo antídoto es la mentira.

Un necio pobre nos fastidia pero en cambio un necio rico nos..... rebienta.

HÉRCULES.